

mas dándose por satisfecho no podía ya abandonarla. Ratificado así el consorcio, hacían retirada penitencia por veinte ó treinta dias en satisfaccion de sus pasadas faltas. (1)

Los méxica eran polígamos. Principalmente los reyes y señores tenían cantidad de mujeres; mas para ofrecer siempre el contraste, una sola era considerada como esposa legítima, recibiendo como tal honores y distinciones, miéntras las demas eran reconocidas únicamente como concubinas. De aquí resultaba en los palacios de los grandes una especie de haren, cuya guarda estaba confiada, en lugar de los eunucos turcos, á enanos y corcobados, contrahechos y desagradables.

## CAPÍTULO II.

*Educacion de la juventud.—El Calmecac.—Clase sacerdotal.—Rentas de los teocalli.—Traje.—Uncion.—Categorías.—Sacerdotes guerreros.—Trabajos y ocupaciones.—Vida y costumbres.—Órdenes monásticas.—Telpochtlietli.—Tlamacazcoyotl.—Monges de Centeotl.—Los reclutas.—Educacion en el Telpuchcalli.—Armas ofensivas y defensivas.—Estandartes.—Música guerrera.—Organizacion del ejército.—Marchas.—Combate.—Cautivos.—Grados militares y modo de alcanzarlos.—Órdenes militares.—Postas y correos.—Vuelta del ejército.*

NUESTRO guía nos conduce ahora á la educacion que á los jóvenes se daba en los gimnasios y seminarios; reune lo relativo al Calmecac y al Telpuchcalli; mas nosotros lo trataremos separadamente.

No eran admitidos en el Calmecac mas que los hijos de los nobles y gente principal. Los padres, como ya vimos, ofrecían el niño recién nacido á los sacerdotes de los templos, á nombre de Quetzalcoatl ó Tilpotonqui, y una vez aceptado, permanecía en su casa hasta la edad competente. Dos géneros de educandos había en la casa; los unos que seguían la vida sacerdotal hasta morir en ella, los otros que sólo recibían la enseñanza religiosa y civil, separándose del seminario cuando querían casarse: á todos indistintamente se daba la misma educacion. En cada lugar variaba el número de los alumnos, en razon de la importancia de la poblacion y del teocalli.

(1) Clavigero, tom. I, pág. 293.

Llevado el muchacho al Calmecac, los padres ofrecían á Quetzalcoatl papeles, incienso, *maxtlatl*, sartales de piedras y plumas ricas; los novicios tañían los instrumentos, pintaban de negro el rostro y cuerpo del nuevo hermano, poníanle al cuello unas cuentas de palo llamadas *tlacopalli* y le sacrificaban de las orejas á honra de Quetzalcoatl. La disciplina de la casa era áspera en demasía. Por vestido llevaban los alumnos el *maxtlatl* y una sola manta fina y blanca de algodón; la cama era dura, el alimento parco: las órdenes dadas por los superiores eran cumplidas exactamente sin que fuera obstáculo la estación, la hora ó las intemperies. Dormían separados; comían de lo que en el Calmecac se guisaba, y si de sus casas les llevaban los alimentos, se hacían comunes; no podían separarse un punto del seminario.

Levantados ántes de la salida del sol, barrían y limpiaban el templo; tenían aseados y listos los objetos relativos al culto y sacrificios; iban al campo á traer las puas de maguey para las penitencias, la leña para alimentar el fuego sagrado; trabajaban en reparar los edificios y teocalli. Concluido el trabajo se retiraban al monasterio, bañábanse, se entretenían en ejercicios de penitencia, y á las once de la noche cada uno salía al lugar de su devoción, á dejar clavadas en bolas de heno las puas de maguey con que se había sacrificado. El soberbio, el desobediente, el que ofendía á otro era castigado severamente, consistiendo aquellos castigos en azotar con ortiga, punzar con las puntas de maguey las orejas, costados y cuerpo, y otros aún más fuertes: al borracho é incontinente le daban garrote, le quemaban vivo ó asaeteaban. Bañábanse á la media noche como los sacerdotes, guardaban los ayunos con todo el rigor pedido por el rito, orando, sacrificándose el cuerpo, y poniendo en práctica los preceptos religiosos.

Enseñábanles á hablar con retórica y urbanidad; aprendían los cantos sagrados destinados á los dioses, "los cuales versos estaban escritos en sus libros por caracteres," es decir, que les enseñaban la lectura y escritura de los jeroglíficos, así como las combinaciones de la astrología, y la cuenta de los años y del calendario. Vivían castamente, comían con templanza, jamás mentían, eran devotos y temían á los dioses. Llamábanse *teotlamacazque*, "mancebos ó mozos divinos, ó mancebos donceles de dios." Cada cinco años tenía lugar la promoción de grados, es decir, que segun

los méritos de cada uno era subido á mayor lugar en la escala sacerdotal. (1)

La clase de los sacerdotes era muy numerosa. No podemos fijar la cantidad precisa; pero si se atiende á que Torquemada sube á cuarenta mil los teocalli en el imperio y que en relación de la importancia de las poblaciones era el número de los ministros, elevándose á cinco mil en sólo el templo mayor, no parecerá exagerada la cifra de un millon adoptada por Clavigero. (2) Para el mantenimiento de ellos, y gastos de reparación de los edifi-

(1) Sahagun, tom. I, pág. 271-76. Torquemada, lib. IX, cap. XI. Los educandos del Calmecac y del Telpuchcalli se ocupaban en barrer los teocalli y casas (1); traer *tullin* (2) para adornos ó usos domésticos, puas de maguey (3) para las penitencias, *acatl* ó carrizo (4) para las enramadas y sacrificios, troncos para leña (5), cortezas verdes (6) ó secas (7) para atizar el fuego sagrado, ramas de árboles (8) para las composturas y adornos.

Peculiar al Calmecac vemos un sacerdote (9) punzando al novicio con puas de maguey (10), ya para acostumbrarle á sacrificarse el cuerpo, ya castigando alguna falta. Dos sacerdotes (11 y 13) punzan con puas de maguey el cuerpo del novicio (12), castigándole por haber permanecido por tres días en su casa (14) sin venir al monasterio.

Esto dice la lámina LXIII del Códice Mendocino; en cuanto á la LXIV, un sacerdote (2) va en marcha para el sacrificio; conduce en una mano el *tlematl* con el fuego y en la otra la bolsa del *copalli* ó incienso; carga á la espalda el vaso con befeño requerido en ciertos ritos, y las cañas para el sacrificio personal; síguele un novicio (1) con la escoba para barrer y la ofrenda.

Un alumno (4) canta y toca el teponaztli á la hora de media noche (3), segun lo prevenido en el ritual.

Otro (6) está en observación del cielo para determinar la media noche (5). Carediendo aquellos pueblos del reloj, se dirigían para marcar las horas, por el sol durante el día, en la noche por las estrellas. Dice la estampa, con el símbolo estrella unido al ojo por la línea de puntos, que colocados en lo alto de los templos los observadores seguían atentamente el movimiento de los astros, y por su posición daban la señal para las distribuciones. Debían de tener algun medio para gobernarse durante las noches en que el cielo estaba entoldado por las nubes, ya por las costumbres de ciertos animales, ya por el color del fuego en las fogatas, como lo practican las gentes de la frontera.

Los novicios (7) no estaban exceptuados de ir á la guerra: seguían á su sacerdote conductor, llevando el dardo ó lanza en la mano, á la espalda el escudo, arco y flechas y el equipaje de su superior.

Obligación de los novicios era recojer y preparar las cañas para los sacrificios (12). Cuando alguno de ellos (15) faltaba á la castidad con alguna mujer (16), los superiores (13 y 16) le imponían muy duras penitencias, punzándole con puas de maguey. Era tambien de su deber (20) reparar y conservar los templos de dentro y fuera de la ciudad. (21)

(2) Hist. antig., tom. I, pág. 249.

cios, los templos tenían la propiedad de grandes tierras; colonos, terrazgueros ó arrendatarios las labraban, contribuyendo con víveres de toda clase, bebidas, leña y carbon, copalli y lo necesario para el culto, teniéndose los pueblos y gente ocupada en este cultivo como muy honrados y estimados. A tiempos del año visitaban los ministros sus heredades, ya para arreglar la administracion, ya para atender á las necesidades de los trabajadores. El templo mayor de México disfrutaba cuantiosos bienes, y en Texcoco quince pueblos suministraban mantenimientos al rey y al templo por seis meses, siguiendo con la misma carga otros quince pueblos los seis meses inmediatos, sin cesar el turno. Á estas rentas deben aumentarse las oblaciones de los fieles, las donaciones de los devotos establecidas en las fiestas religiosas, las primicias de las sementeras, los votos, &c. Inmediatos á los teocalli había trojes y graneros donde se guardaban aquellos productos; sacado lo que era menester, el sobrante se repartía á los pobres, para lo cual había en las grandes ciudades como México, Tlaxcalla, Texcoco, Cholollan y otras, hospitales donde se curaba á los enfermos y acudían los necesitados para la distribución de los residuos. Las monjas confeccionaban la comida de los dioses; muchas mujeres, que servían fuera de la clausura y no vivían en los templos, hacían de comer á los ministros y servidores inferiores. (1)

El nombre de los sacerdotes era *teopixqui*, "que quiere decir, "oficiales ó guardas de dios, de *teotl* que es dios, y *pixqui*, que es "guarda ú oficial." (2) "Criaban sus cabellos á manera de nazarenos, y como nunca los cortaban ni peinaban y ellos andaban "mucho tiempo negros y los cabellos muy largos y sucios, parecían al demonio. A aquellos cabellos grandes llamaban *nopapa*, "y de allí les quedó á los españoles llamar á estos ministros *pas*." (3) En efecto, aquellos ministros se dejaban crecer el pelo, que á veces les llegaba á los piés, trenzándolo con cordones de algodón y pintándolo con tinta negra. Aunque durante los baños y abluciones perdían el color, todas las mañanas se pintaban

(1) Torquemada, lib. VIII, cap. XX.

(2) Torquemada, lib. IX, cap. III.

(3) Motolinia, Hist. de los indios, pág. 45. Adelante daremos la que nos parece verdadera etimología de la palabra *papa*.

cuerpo y rostro de negro con una tinta formada del negro de humo de *ocotl*, matizándose con otros colores, principalmente ocre y almagre. Su vestido era una manta blanca fina de algodón, si bien según los grados aquellas mantas se distinguían por flecos, listas ó labores negras. Por calzado llevaban *cactli* (*cacles*, sandalias), compuestos de una suela anudada por correas á la garganta del pié. (1) Usaban tambien de un unguento particular, llamado *teopactli*, remedio ó medicina divina, para cuando iban á sacrificar á los montes ó cuevas, pues libraba de las fieras; servía tambien de medicina en varias enfermedades. Recogían sabandijas ponzoñosas como víboras, alacranes, cientopiés, &c., y las quemaban en un brasero delante del altar; la ceniza la revolvían con tabaco, *ololihqui*, negro de humo, gusanos, arañas y alacranes vivos, y todo mezclado y machacado formaba el extraño menjurge. (2)

La clase sacerdotal estaba organizada por categorías. El jefe supremo llamábase Teotecuhtli, señor divino, y se distinguía por la borla de algodón que al pecho llevaba colgando; le seguía en dignidad el Hueiteopixqui, gran sacerdote. (3) En Texcoco y Tlacopan un hermano del rey era el sumo pontífice; en México era electo el más noble, virtuoso y entendido de los sacerdotes, aunque sin duda se escogía persona de la casa real. Motecuhzoma y Cuauhtemoc desempeñaron aquella dignidad; los reyes méxica en las grandes solemnidades hacían el papel de sacrificadores, y se comprende que, al ménos en los últimos tiempos, los monarcas de México asumían el doble carácter de jefes de la religion y del Estado. El Teotecuhtli parece consagrado particularmente á las cosas civiles; era consejero del rey, sin su aprobacion no se declaraba la guerra, é intervenía en los graves negocios públicos, ungía al rey electo, en las grandes y solemnes ocasiones era el sacrificador. (4) El Hueiteopixqui entendía directamente en los asuntos rituales.

El sumo sacerdote entre los totonaca, escogido entre seis de los ministros más virtuosos, era ungido en la cabeza con un un-

(1) Torquemada, lib. IX, cap. XXVIII.

(2) Acosta, lib. V, cap. XXVI.

(3) Torquemada, lib. IX, cap. III.

(4) Torquemada, lib. IX, cap. V. Clavigero, tom. I, pág. 250.

güento compuesto de *ulli* y sangre de niños sacrificados; (1) llamábase á esto *uncion divina*.

El Mexicatlteohuatzin tenía á su cargo el culto en los pueblos y provincias, su distintivo era un incensario y una talega con copalli: tenía dos coadjutores, el Huitznoatehuatzin y el Tepantehuatzin. El Tlaquimiloltecutli, cuidador de los tesoros de la iglesia; Tlillancalcatl, que disponía de los ornamentos y vasos sagrados; Tlapixcatzin, ordenador de los cantos é himnos religiosos; Tlamacazcateotl, director de los estudios de los manebos; (2) el Epcualiztli, ó como corrije Clavigero, Epcocuiltzin, maestro de ceremonias ó arreglador de las fiestas; Meloncotehua, que entendía en el servicio del templo; Cinteutzin, superior de los monjes del templo de Xilomen; Atempateohuatzin, presidía á los ministros de la diosa Toci; Tecaumanteohua, asistente del templo del fuego; Tezcatzoncatlometochitli, sacerdote del dios del vino, con su vicario Ometochtliiyauhqueme, &c., &c. (3) Seguían empleados inferiores como tañedores, cantores, sacristanes, mozos, y en cada *calpulli* ó barrio existía un ministro que hacía veces como de párroco.

Los sacerdotes acompañaban á los ejércitos en campaña, ya para desempeñar los sacrificios é interpretar los agüeros, ya para combatir en defensa de los dioses: había tambien, por consecuencia, algunas categorías militares. Los Tlamacaztequihuaque, que habían hecho hazañas en la guerra; Tlamacazcayaque, que había cautivado un hombre en la guerra: éstos no vivían en los templos, mas acudían á las fiestas, recogiendo á hacer penitencia. Los ministros cantores se decían Tlamacazquecuicanime; los sacerdotes menores Tlamacazteicahuan, los muchachos sacristanejos Tlamacatoton. (4)

Los jóvenes del Calmecac, que seguían la carrera eclesiástica, pasaban por diversos grados. El inferior *tlamacazto*, especie de acólito; *tlamacazqui*, diácono; *tlanamacac*, sacerdote: de éstos se nombraba un jefe superior ó pontífice, llamado Quetzalcoatl, que aunque plebeyo, fuera el más virtuoso y entendido, haciéndose la elección por el rey y los principales. Otros dos grandes sa-

(1) Torquemada, lib. IX, cap. VII.

(2) Torquemada, lib. IX, cap. VI. P. Sahagun, tom. I, pág. 218-23.

(3) Torquemada, lib. IX, cap. X.

(4) P. Sahagun, tom. I, pág. 112.

cerdotes salían tambien de ellos; el Teotectlamacazqui consagrado al servicio de Huitzilopochtli, y el Tlaloctlamacazqui servidor de Tlaloc. (1)

En cuanto á sus trabajos y ocupaciones, á la salida del sol ofrecían sangre de las orejas, recibéndolo con sacrificio de codornices, música y oraciones; nueve veces incensaban al astro, cuatro de día y cinco de noche, en intervalos casi iguales. (2) A los ídolos incensaban al amanecer, al medio día, á la puesta del sol y á la media noche; á esta hora tañían sus flautillas, bocinas y caracoles, diciendo ciertas oraciones y haciendo penitencias: eran como maitines á que ninguno faltaba. (3) Lavábanse la sangre en el estanque llamado Ezapan, sobre el agua de sangre, y las puas que les servían, colocaban en las almenas del templo, clavadas en bolas de heno, para edificacion del pueblo. De sus ayunos y ásperas penitencias hemos dado noticia, aumentando ahora que se disciplinaban con sogas de pita de maguey con nudos en la punta, se azotaban con recias ortigas, se daban unos á otros golpes en la espalda con una piedra, se despeñaban de alguna altura para quebrantarse el cuerpo, y no faltaba quien se retirara á las sierras más agrias para hacer vida dura y penitente. (4) El sumo sacerdote se apartaba alguna vez á un monte espeso, por término de nueve meses y un año, y bajo una choza de ramas pasaba el tiempo, sin comunicarse con nadie, comiendo granos de maíz crudo y bebiendo agua, orando, sacrificando animales, y sacándose sangre del cuerpo á todas horas del día y de la noche. (5)

Mostrábanse solícitos en el cumplimiento de sus deberes religiosos, practicando sacrificios y preces con diligente solicitud, grande compostura y reverencia; la menor falta era castigada con sumo rigor. (6) En lo alto de los teocalli y en las enrucijadas de las calles, había veladores, que se mudaban por cuartos durante la noche, para advertir, aquellos á los sacerdotes, éstos al pueblo, las horas de distribuciones para la oracion, atizar los

(1) P. Sahagun, tom. I, pág. 276-77.

(2) P. Sahagun, tom. I, pág. 224.

(3) Acosta, tom. I, pág. 34.

(4) Acosta, lib. V, cap. XVII.

(5) Torquemada, lib. IX, cap. XXV.

(6) Torquemada, lib. IX, cap. XXIV.

fuegos sagrados, y decir las alabanzas prescritas en el ritual: (1) de aquí el poco descanso de los ministros, quienes se acostumbraban á dormir bien poco. "Usaban tambien hacer procesion "en muchas de sus fiestas, y traían en andas las imágenes de los "ídolos, algunas veces al rededor de los cues, y otras veces por "lugares más lejos, y acudía todo el pueblo á estas procesio- "nes." (2) Servíanles para dar las señales y convocar á los fieles las flautillas, bocinas y caracoles; tañían tambien el huehuetl y el teponaztli. A los dormilones despertaban echándoles agua fria ó rescoldo del fuego. Poníanse orejeras y bezotes á honra de los dioses, llamando á estos actos Nenacaxapotlaliztli y Nentexapotlaliztli. (3) Los cantos y bailes diferenciaban en la noche y el dia, en las diversas fiestas y solemnidades; (4) se tenía gran cuenta con aquellos himnos sagrados y con las representaciones simbólicas, prescritas por el ritual. Llevaban siempre los ojos bajos, guardándose de alzarlos á mujer alguna; su porte era compuesto y recatado, sus palabras mesuradas: irreprochables en castidad, se entregaban á las más crueles abstinencias y maceraciones para apagar los fuegos del deseo, tomaban bebedizos para hacerse impotentes, á fin de no ofender á los dioses, y si no bastaba, se hendían el phallus para inutilizarse por completo. (5)

Había otras reuniones á manera de órdenes monásticas. La llamada Telpochtiliztli, de los jóvenes, estaba instituida á honra de Tezcaltlipoca ó Telpochtli, joven ó mancebo. No vivían consagrados en monasterio, sino en sus casas, y sólo se reunían de noche en un edificio del barrio: se admitían hombres y mujeres, los cuales andaban vestidos galana y pulidamente. Niños y niñas eran ofrecidos por los padres á la orden; cuando llegaban á la edad requerida, acudían á la congregacion á la puesta del sol, y asidos de las manos mozos y mozas, tañían, cantaban y bailaban á honra del dios, hasta la media noche presididos por un principal que les enseñaba y doctrinaba: luego se retiraban. Nada pasaba allí contra las buenas costumbres, pues la menor falta

(1) Torquemada, lib. IX, cap. XXXIV. Sahagun, tom. I, pág. 215.

(2) Sahagun, tom. I, pág. 216.

(3) Sahagun, tom. I, pág. 218.

(4) Torquemada, lib. IX, cap. XXIII.

(5) Acosta, lib. V, cap. XVII. Torquemada, lib. IX, cap. XXVI y XXIX.

contra la honestidad quedaba castigada con la muerte, irremisiblemente sin excepcion. La maestra de las doncellas se nombraba Iehpochtlatoque. Los alumnos no tenían otra obligacion que la dicha, permaneciendo en el gremio hasta que se casaban. (1)

La orden Tlamacazcoyotl, vida de penitencia, servía á Quetzalcoatl. A los cuatro años de edad, los párvulos ofrecidos al instituto se encerraban á vivir en comunidad, hombres y mujeres separados, bajo la vigilancia de sus superiores. Vestían pobremente; bañábanse á la media noche, velando en seguida hasta las dos de la mañana en oracion y penitencia; para sacarse sangre con las puas de maguey tenían licencia de ir á los montes á sacrificar á los dioses: trabajaban en las sementeras de las tierras del teocalli, aunque los padres de los alumnos tenían obligacion de mandarles el alimento. Vivían recatada y limpiamente hasta que se casaban. (2)

Entre los totonaca, los monjes de Centeotl no pasaba de cierto número, escogido entre los ancianos de más de sesenta años, de vida ejemplar y austera virtud. Vestidos de pieles, dados á la penitencia; de conducta irreprochable, servían de consultores, no sólo á la gente humilde sino á los mismos pontífices y reyes. Ocupábanse en escribir historias, las cuales enseñaban y explicaban al pueblo los sumos sacerdotes en pláticas y sermones. (3)

El número de los sacerdotes, sus riquezas, su comunicacion con los dioses, su vida ejemplar, los conocimientos de que eran poseedores, los hacían sin duda queridos y respetados de todos. (4) Intervenían en los actos de la existencia del hombre; tomaban parte en los negocios públicos y no eran extraños á las resoluciones de los grandes; aconsejaban y aun dirigían á los reyes; combatían por los dioses y por la patria dando ejemplos de civismo. Dirigían la educacion de la juventud: nobles y pecheros, grandes y chicos, varones y hembras tenían puntos de contacto con el sacerdocio; por más ó ménos tiempo habían permanecido en los institutos, entregados á las prácticas piadosas, llevando la vida contemplativa, austera y penitente de los monjes. Ellos hablaban con los dioses, siendo los intermediarios entre las di-

(1) Torquemada, lib. IX, cap. XXX.

(2) Torquemada, lib. IX, cap. XXXI.

(3) Torquemada, lib. IX, cap. VIII.

(4) Torquemada, lib. IX, cap. XVIII.

vinidades y los hombres. Sabían interpretar los agüeros; entendían el canto del *tecolotl*, la significación de la marcha de la culebra y del vuelo de los insectos; (1) leían la suerte futura en las complicadas significaciones del Tonalamatl, en las enredadas posiciones de los númenes celestes: teófonos, adivinos y profetas, debían influir poderosamente en la multitud por tan relevantes cualidades. Poseedores de las ciencias, ninguno les podía hacer competencia en los primores del cálculo, en la claridad de la escritura, en los secretos complicados de la astronomía, de la teogonía y de la astrología judiciaria. Sospechamos que lo que al pueblo se enseñaba acerca de estos ramos era trunco y confuso; sin duda que los ministros iniciados debían tener una escritura jeroglífica muy cercana á la fonética, ya que podían conservar escritos himnos y doctrinas, para lo cual son insuficientes los caracteres ahora conocidos: eran menester conocimientos exactos acerca del movimiento de los astros, para señalar con precisión el valor del año trópico, las fases de la luna y las apariencias del planeta Vénus. La repetición de las fiestas, la participación de la multitud en las ceremonias, la obligación de la penitencia, del ayuno y de la oración á todas las horas del día y de la noche, debían grabar hondamente el principio religioso en el ánimo de aquel pueblo melancólico y meditabundo, grave y soñador. Entre los méxica no había casta sacerdotal. Faltaba que el oficio pasara de padres á hijos; que por derecho, una fracción de aquella sociedad revistiera el carácter sagrado. En la clase azteca todos eran admitidos á la participación de las gracias divinas, y la limpieza de costumbres, las virtudes relevantes, la sabiduría, podían conducir hasta las más encumbradas posiciones.

La parte inferior de la lám. LXIII (2) dice, que los muchachos á cierta edad (16) eran presentados por sus padres (19) á algun valiente soldado, al ménos con el grado de *tequihua* (15), á fin de que le llevara á la guerra. Admitido el encargo, cuando la ocasión llegaba, se ponía en marcha (19), seguido del recluta (18) cargado con bastimentos y fardaje. Refiérese esto á los muchachos que no entraban á los institutos religiosos ó civiles, pertenecientes á la gente ínfima ó comun. Los méxica tomaban parte

(1) Torquemada, lib. IX, cap. XVII.

(2) Códice Mendocino en Lord Kingsborough.

desde muy temprano en las cosas de la milicia. Como no tenían fuerzas aún para pelear, hacían sus primeras salidas bajo el amparo de un veterano, siendo su empleo servir como de paje y cargar los efectos que para ambos eran menester. Así se acostumbraba á las marchas, á sufrir la intemperie, á dormir en el campamento, y si bien no combatía, miraba de cerca al enemigo, se endurecía en la vista de la sangre, tomaba ejemplo de los guerreros para imitar sus hazañas, é iba aprendiendo la táctica y organización del ejército.

Pasado este episodio, pasamos ahora á la educación en el Telpuchcalli. Estas escuelas para hombres y mujeres que pertenecían á lo que podremos llamar la clase media, estaban anexas á los templos; separados por sexos, vivían en comunidad, ocupándose en los mismos quehaceres, recibiendo la misma enseñanza que los del Calmecac, aunque no tan cerca de los dioses, ni de las cosas sagradas. Los hombres estaban dirigidos por jefes llamados Telpuchtlatlo, guarda de los mancebos. Pintábanse el cuerpo de negro á excepcion del rostro, vestían el *maxtlatl*, y por todo abrigo la manta llamada *calcaayatl*, de pita torcida de maguey, en forma de red floja y rala: era éste el distintivo de estos colegios civiles. Las ocupaciones de los alumnos eran semejantes, como ántes dijimos, á las de los novicios, y como propias del Telpuchcalli dicen las pinturas del Cód. Mendocino, lám. LXIV, que los alumnos guardaban continencia; si álguien (10) cometía falta con mujer (9), los superiores (8 y 11) le castigaban mesándole los cabellos, y dándole de golpes con fuertes leños, al compás de duras amonestaciones. Los ociosos ó incorregibles (18), eran castigados por mano de sus superiores (17 y 19) con quemarles el cabello; la falta de este adorno se tenía por afrentoso. Obligados estaban (20) á reparar los teocalli (21), acarreamo para ello los materiales: lo mismo acontecía (1) respecto de las casas ó edificios públicos. (1)

Trabajaban en comun tierras y heredades para su sustento; en materias religiosas guardaban los ayunos, hacían penitencias, sacrificándose el cuerpo en la forma que la costumbre tenía establecido. Terminaban los trabajos hácia la puesta del sol; retirábanse entónces á sus casas, bañábanse, se pintaban de nuevo el cuerpo de negro, exceptuando el rostro, poníanse distintivos

(1) Cód. Mendocino, lám. LXV.